

POESÍA ► CANCIÓN

Nos queda, por suerte, la palabra

Paco Ibáñez y José Agustín
Goytisolo: *La Voz y la Palabra*

Teatro Borrás, Barcelona, 15 de marzo.

MIQUEL JURADO

Triunfó la voz y triunfó la palabra. Despojadas de cualquier elemento superfluo o añadido, sin decorativismos inútiles ni diseños meticulosos para gustar o entretener, directas como una flecha al corazón, la voz y la palabra de Paco Ibáñez y José Agustín Goytisolo rompieron todas las barreras impuestas por las modas y la mercadotecnia y se mostraron actuales, impactantes y sobrecogedoras.

Cuando las palabras son algo más que palabras y sus significados se desbordan a cada paso, entonces no es necesario absolutamente nada más y el poeta y el cantante (que también es poeta, aunque se empeñe en afirmar lo contrario) pueden decir o cantar sus palabras sin otra ayuda que su voz desnuda y la emoción como única compañera.

Emocionar

Goytisolo no es el mejor rapsoda del mundo ni Paco Ibáñez tiene, en estos momentos, una voz inapelable, pero difícilmente alguien será capaz de emocionar como lo consigue el poeta cuando lee su *Autobiografía* (*No sirves para nada*) o como cuando el cantante ataca *La poesía es un arma cargada de futuro*.

Todo el concepto del moderno *show business* (tan necesario, según parece) se derrumba ante una propuesta como *La Voz y la Palabra*. Dos sillas de madera, una mesa con faldones rojos, un cenicero, dos botellas de agua y un par de vasos en un escenario totalmente negro. Y los dos hombres, también vestidos de negro, iluminados por sendos focos: uno sentado tras la mesa y rodeado por el humo de un eterno cigarrillo (uno tras otro, para



José Agustín Goytisolo, a la izquierda, y Paco Ibáñez.

ARDUINO VANNUCCHI

ser exactos), el otro de pie con su pierna izquierda apoyada en la silla y sobre ella una guitarra española. Y un puñado de poemas.

No fue necesario nada más para mantener en vilo al numeroso público durante más de una hora. Por momentos, la emoción podía cortarse con un cuchillo y sólo las continuas interrupciones del público para aplaudir rompieron un clima tenso como pocos (tal vez sería interesante sugerir al público que asistiera a esa primera parte como si de una función teatral se tratara y dejase los aplausos para el final).

José Agustín Goytisolo leía un poema (demostrando un poder de comunicación que muy pocos actores serían capaces de materializar) y Paco Ibáñez, a renglón seguido, cantaba una

canción buscando algún paralelismo entre ambas. La ironía se mezcló con la ternura y la realidad de la vida cotidiana con los sueños más desahogados, el pasado y el presente de la poesía se dieron la mano.

Entusiasmo

Palabras para Julia concluyó una hora y cuarto de reivindicación pura de la palabra entre el entusiasmo de un público tan entregado a la poesía como a la canción. El momento más emotivo de la noche fue ver a todo un teatro en pie aclamando a un poeta que no sabía qué cara poner ante el aluvión de vítores (una imagen que debería hacer pensar a más de uno).

En la segunda mitad, algo

más corta, Paco Ibáñez —ya en solitario— recuperó algunos de sus viejos compañeros de viaje: Lorca, Storni, Darío, Quevedo, Felipe, el arcipreste de Hita, Alberti y más Goytisolo. Ibáñez no tiene la voz que tenía (los años pasan) y esa noche no tuvo suerte con una sonorización insuficiente y mal solucionada, pero una vez más la voz cedió ante la palabra: nadie es capaz de transmitir lo que el valenciano / parisiense transmite con una voz escasa que no admite comparación ni medición.

Al fin el poeta se unió al cantante y el público se unió a los dos para recuperar en total complicidad *El lobito bueno*, y nada más sugestivo que acabar la noche soñando con un mundo al revés.